

## UN MILAGRO

Para la "Revista Moderna de México."

Habían volado extenuadas, en demanda de las regiones ecuatoriales, y era la única pareja superviviente al numeroso bando que comenzó con ella la larga jornada luctuosa. ¡Fué un éxodo triste el de aquel año! Un huracán dispersó á las golondrinas apenas partieron, y ya dispersas, el hambre y la fatiga las fueron aniquilando poco á poco. La última de su pequeño grupo, cayó cuando cruzaban el mar estrecho, sobre la cubierta de una romana, donde la soldadesca de Tiberio hizo festín de su caída.

Era muy triste el piar del macho: doliente, quejumbroso, decía su desesperación y su impotencia. ¿Cómo sostener más días aquel volar continuo? Sus fuerzas habíanse agotado; disminuían sus ansias de vivir, y las alas, antes ágiles, ahora torpes, sentían la invasión de una cruel energía agarrotadora; era un canto agorero de muerte.

El piar de la hembra, no delataba tan dolorosa angustia. Tenía, en medio de su quejar penoso, vagos consoladores acentos, y de la onda de su vibración, surgía

una oferta, que no lograba infundir al macho regocijadas ideas de bienandanzas próximas: era un bello y esperanzado canto, nuncio de bien vivir.

Sabía ella un delicioso valle, perdido en el fondo de la comarca líbica, donde podrían eternizar su epitalamio: un riachuelo deslizaba su linfa clara bajo el glauco dosel de los tamarindales. Pájaros amigos colgaban de las hospitalarias ramas su hogar. A las altas copas del viejo árbol bendito, se prendía, al atardecer, una música brisa calajinosa. En el paraje, era la paz y el calor necesario á sus vidas.

Y á la promesa de la tierra ideal, respondía el piar escéptico del macho: «No arribaría su cuerpo á la florida prometida comarca por falta de fuerzas para más resistir la emigración doliente. . . . ¡Oh luminosas regiones doradas por el incendio del sol africano; oh visión plácida del deseado paraje; oh árboles milenarios que tantas veces cobijasteis su nido; oh abandonado alero de la vetusta casa en la ciudad meridional; ya no volvería á veros nunca. . . . nunca!»

Fué luego de promediar el día, cuando en el confín del horizonte rompió la monótona amarillez calcinada, una mancha oscura, que lentamente se fué agrandando, hasta dibujar precisos sus contornos. Auras benéficas, turbaron la enervante quietud. Grato perfume de frutas en sazón aromó el ambiente. Y mientras el alegre trinar perlaba gozosa la melodía del triunfo, allá lejos, verdeaba la fronda, cual una cumplida promesa.

¡Ya no moriría el macho! La fértil comarca le ofrecía alimentos y algún jugo para mitigar aquella su asfixiadora sed. ¡Ya no moriría el macho! Pasaron en las ráfagas, perfumados hálitos vivificantes. Un algo extraño y evocador, desplegó el paisaje de aquella vega florecida, donde la fragancia sensual no lograba manchar la impoluta pureza de las anémonas y de los lirios. . . . Tornaron á jadear las pechugas candidas. Y abatidas las alas, tendida la curva armoniosa del cuello, el ansia de vivir puesta en los ojos, las golondrinas raudamente volaron.

Ocurrió algo insólito y terrible. Habrían perdido la noción del tiempo? El sol, no lejano del zenit, comenzó á oscurecerse por oculta causa inaudita, y una noche extemporánea, precedida de largo crepúsculo rojizo, amortajó sus ilusiones.

Desorientadas, se remontaron instintivamente, emprendiendo un vuelo vertiginoso, huyendo en vano de aquella oscuridad cruel, que siempre se desplegaba ante ellas, abrumadora, infinita, fatidicamente triunfal, inexorable.

¡Oh! El macho expiraría abrasado. En su garganta había una sed irresistible, y en las encrucijadas de las sombras, la parca impaciente acechaba la próxima consunción de la hoguera.

Aún les aguardaban nuevos quebrantos. Sobre una pequeña colina, recortaban sus siluetas inquietantes tres grandes cruces. Las golondrinas pudieron, en su vuelo bajo y suave, distinguir las atormentadas figuras. Tornó á oirse el regocijado piar. ¿Sería acaso ilusión? La golondrina había visto verdear un brote en la corona con que ceñía su cabeza uno de los crucificados. ¡Allí estaba la vida de su camarada! Pero. . . . Sobre el fondo difuso del paisaje, se destacaban los enclavados, negros, abracadabrantes, horribles.

Breves fueron los instantes de lucha. ¿Había de titubear una hembra en exponer su vida para salvar la del macho, que entre tantas la había preferido? ¿Vencería el peligro y el miedo á su primer impulso generoso? No. La sublime humana ley del amor no podía dejar de cumplirse. El bello sacrificio debía ser, y fué consumado. La golondrina tendió acelerada un vuelo oblicuo; describió en torno de las cruces una gran espiral, imperfecta, y al fin, sin casiposarse en la sucia maraña del cabello, luego de atropellado picotear, arrancó una espina de la corona. ¡Corona estéril, seca, infecunda, corona de condenado!

En la quietud infinita, resonaron con fúnebre desolación sus dos cantos unánimes, agoreros de muerte. Muy alto, pasó un cuervo, proyectando agigantado, sobre el fondo ocre del arenal, el inmenso abanico de sus alas negras. La golondrina, llevando no más que la decepción del engaño, se unió á su compañero, y juntos, lentamente, continuaron su peregrinación dolorosa.

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.

Madrid.

(Del libro en prensa: *La Santa Ironía*).



POEMAS QUE ESPAÑA MANDA A MEXICO

II

STROMATA LYRICA

A Luis G. Urbina, gran poeta,  
con toda admiración.

¡Esplendor de las tardes de verano! . . . .  
¡Felicidad intensa é inconsciente! . . . .  
Felicidad eterna derramada  
Sobre el cálido ambiente,  
Sobre la Creación regocijada,  
y, especialmente, sobre el Sér humano,  
que acaso entonces siente  
navegar en un tépido Oceano,  
su espíritu, —patache diligente  
que va á un puerto antillano;—  
y se estremece como blanda mano  
que ha palpado el plumón de un suave nido . . . .  
El sol alegre y loco le convida  
á gozar de la dicha de la vida,  
á no enfrenar su anhelo desmedido.  
¡Qué tristeza en él luego se enraiza  
al ver trocado en humo y en ceniza  
todo lo que soñó fúlgido y sano! . . . .

¡Arpegios tremulantes de un piano  
que una mano gentil y blanca riza;  
una mano de niña enamorada! . . . .  
¡Arpegios de un piano conmovente,  
que, cual la voz de un niño balbuciente,  
quizás lo dicen todo; —ó quizás nada! . . . .

¡Oh, catedral de Oviedo,  
que me enseñaste á ser como tu torre,  
siempre los brazos tensos,  
en actitud de súplica,  
hacia un distante, encapotado cielo,  
que no abre ni un girón por donde asome  
un trémulo lucero;—  
á veces en las nieblas matinales,  
su cúspide perdiendo,  
lo mismo que mi espíritu se pierde  
en nubes de románticos ensueños;  
pero siempre en la firme y ancha base  
granítica, en los sólidos cimientos,  
con raíces de piedra,  
clavadas en el suelo;—  
lo mismo que mi espíritu está asido  
al fango de mi cuerpo,  
y hasta llega á clavar raíces hondas  
en el cieno terreno! . . . .

El recuerdo sagrado de la infancia  
en las horas de tedio, impera en mí.

El olor á retama es la fragancia  
que, —mientras en la loca orgía escancia  
la cortesana, en loco frenesí,  
el champaña que turba la conciencia,—  
vence, con las dulzuras de su esencia,  
el apestoso olor á pachulí! . . . .

El sol de España es mi mejor amigo  
y le rindo sincera admiración. . . .  
Cuando estoy, á mis solas, sin testigo,  
—¡encanto celestial de estar á solas!—  
evoco un campo de dorado trigo,  
ornado de encarnadas amapolas,  
que tú, sol rubio y fúlgido, aureolas,  
con roja y estival fulguración. . . .  
—En medio hay unas niñas españolas  
que me ofrecen su virgen corazón.

Mis ídolos no son ni Bavio ni Zoilo.  
Execro por igual á Zoilo y á Bavio,  
y jamás consentí que manchara mi labio  
la censura insincera ó el elogio intranquilo.

Mi crítica es de afecto y de entusiasmo asilo.  
Y si á veces intento alardear de sabio,  
es porque, en nuestro siglo XX, parece agravio  
hablar como ha mil lustros á la orilla del Nilo.

Pero yo nunca tuve cualquier vano prurito  
de que nadie me llame escritor erudito,  
ni de que nadie alabe mi empeño cultural.

En el estudio hay siempre un ardor ideal  
y un anhelo imposible de escalar lo Infinito.  
En la vida y en arte sólo soy un sensual.

Al recorrer el mágico salterio,  
quizá un día encontró Roberto Schumann  
toda la clave de nuestro misterio;  
todas esas tristezas que me abruman  
y que se desvanecen cual sahumerio  
vertido ante un altar. . . .  
Y tal vez, siendo joven,  
cierta tarde sintió Luis Van Beethoven  
dentro de sí la Creación soñar. . . .

### III

## LAS MUJERES-SERPIENTES

A José Juan Tablada, exquisito poeta

Ciertas mujeres tienen posturas serpentinadas,  
curvaturas reptílicas debajo de sus chales;  
se recogen las faldas con equilibrios tales  
que verdaderamente son mujeres felinas.

El talle de las chicas coquetuelas se quiebra  
en unas imposibles, locas ondulaciones:  
y se diría que hay en esos corazones,  
los estremecimientos de una verde culebra!

Las muchachas alegres doblan su cuerpo como  
una boa que en la selva virgen se despereza  
y al tronco de una encina se agarra negligente....

¡Oh, pasar una mano cálida sobre el lomo  
de esa voluptuosa, blanda mujer-serpiente!....  
Sus carnes tienen cierta animal *morbidez*.

## IV

## SONETOS CRIOLLOS

Para el admirado poeta,  
Amado Nervo

Niña de mis amores, tus lindos ojos zarcos,  
que son los rutilantes, matutinos luceros,  
hacen que me recuerde de los barcos veleros  
que cruzaban otrora los mares. Esos barcos

iban ricos de carga, pero de orgullo parcos;  
y así cuando llegaban á los pueblos costeros,  
descargaban sus sacos de tabacos vegueros  
sobre el muelle de piedra, todo lleno de charcos.

Atracaban al muelle como viejos reumáticos,  
y posaban el ancla como ancianos gotosos  
que sienten fatigarse al peso de los años....

De su seno salían cigarros aromáticos,  
vegetales melífluos, minerales costosos  
y frutos tropicales de sabores extraños.

Lo mismo que Francis Sannues desde Burdeos,  
mi espíritu de artista evocador se entrega  
á formar imposibles y remotos deseos  
que luego me destroza la realidad que llega.

Uno de mis usuales y locos devaneos  
es soñar que yo voy dentro de una bodega  
de un patache inservible que tiene titubeos  
de inválido decrépito.... Y aun por el mar navega....

Yo sueño que una tarde quizás fuimos á pique  
en la costa del bello canal de Mozambique....  
Al lejos, en la niebla, brillaba una ciudad....

(Nunca se llega á aquella tierra que se promete....)  
—Yo era entonces un ágil y travieso grumete,  
visto en una novela del capitán Mayne Reid.

¡Oh, esos pataches, ya caducos como ancianos,  
que llevan los regalos de tierras tropicales,  
y que arriban un día á puertos antillanos,  
en las mañanas de nieblas ecuatoriales!....

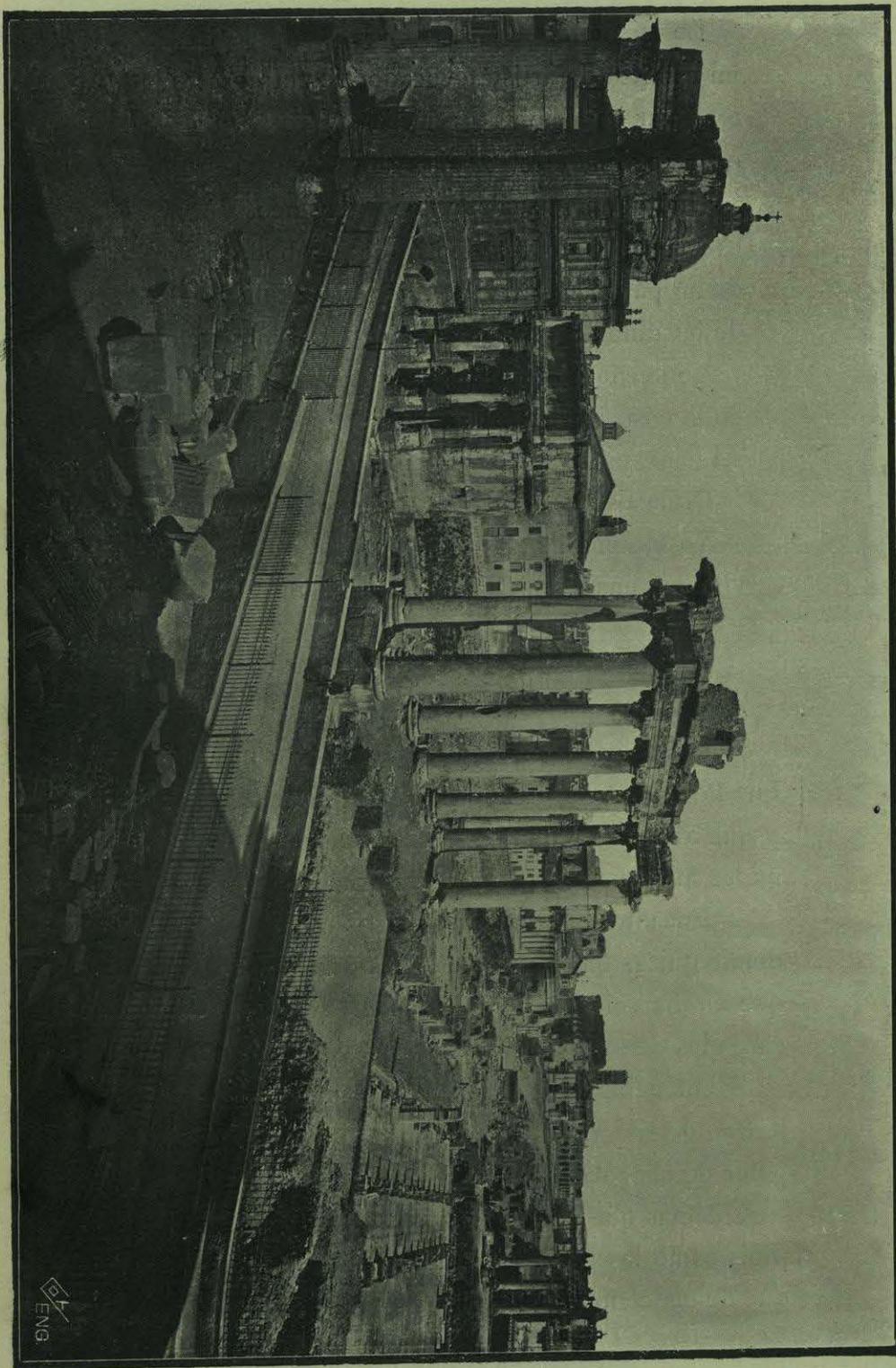
—¡Encanto de remotas ciudades coloniales,  
donde quizás tenemos dos tíos asturianos,  
que un día volverán al pueblo como indianos,  
cargados de sortijas y de frases banales!....

¡Sabor de aguosas piñas!.... ¡Aroma de vainillas!....  
¡Carne de las criollas!.... ¡Frutas de las Antillas!....  
¡Olor de chocolates que los barcos trajeron!....

¡Colonias que perdimos y nunca recobramos!....  
¡Sois como los hermanos que jóvenes murieron,  
que nunca conocimos, pero que siempre amamos!....

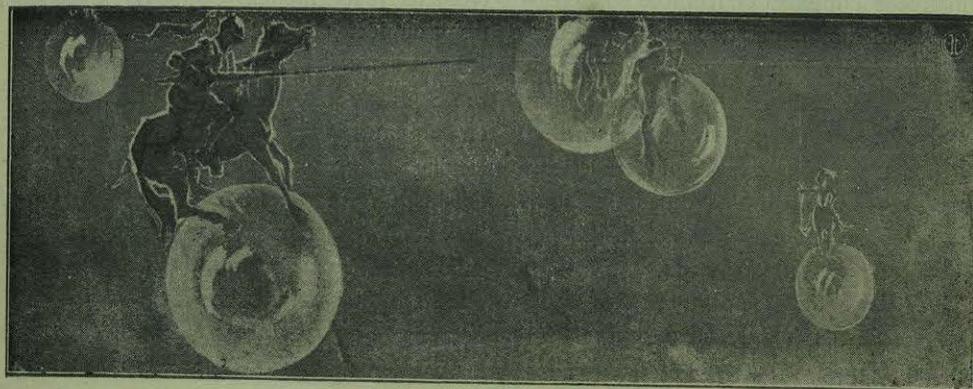
ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid, Abril de 1907.



Roma antigua.

ENG



## HOJAS DE BAMBÚ

### EL PARAÍSO DEL PACÍFICO

Ya desancora el «Coptie,» ya despide como un adiós el silbo de su sirena, y lentamente, tan lentamente, que apenas se percibe su marcha, comienza á deslizarse sobre la superficie mansa de la bahía.

Al borde del muelle, todavía se agitan los pañuelos, confundiéndose con las alas de las gaviotas, que chirriando hienden el aire, y un *good bye* desgarrador, lanzado de entre la muchedumbre de anónimo pecho, atraviesa el espacio, hiriéndome como un flecha de angustia.

A popa queda la espesura de jarcias y mástiles que recuerda el ramaje de los árboles en invierno; en el fondo se destacan las redondas colinas por cuyos recuestos trepan las calles de la ciudad, sembrada de las favilas del incendio más grande del mundo; á estribor asoma *Clift House* con su alameda de sombrío verdor, y transpuesta *Golden Gate*, aparece el grande Océano con su rugiente viento y sus encabritadas olas que se persiguen sacudiendo sus crines de espuma.

Día á día inquiero en la tabla de noticias el trayecto dejado á la zaga, la dirección y fuerza del viento, y al través de la red de meridianos y paralelos, sigo con afán el ángulo de la travesía, cuyo vértice baja hasta Honolulu, y cuyos lados miden 2,080 y 3,400 millas de largo.

Barrena la hélice sin cesar las aguas; la chimenea arroja sin tregua sus pardos vellones de humo; exhalan sin descanso suspiros las plañideras ondas; la luna, como lactescente perla, resbala en el seno de la taciturna noche, y el sol que en la mañana se levanta radiante de su encendido lecho, en la tarde torna á acostarse entre púrpuras cristalinas.

Allende el cerúleo horizonte, asoma Ohahu, en un claro amanecer, su volcánica crestería. Herido por los matutinos rayos, *Diamond Head* merece su nombre por sus chispeos y simétricos cortes, comparables á las de una piedra preciosa. La marina llanura trueca su mate coloración de zafiro por transparente matiz de esmeralda, enca-

rrojándose á impulso de rítmicos escalofríos y luciendo cambiantes de seda.

Honolulu, con sus plantíos de caña de azúcar, sus filas de esbeltas palmeras como arcadas de catedral gótica, y su alegre sol que abre en los jardines de mi memoria fragantes rosas de recuerdos de mis seis años de trópicos, me indemniza del fastidio de los ocho días pasados á bordo.

El prestigio del Acuario, me lleva al lejano parque Kapiolani, de silenciosas calzadas de pinos.

En el cristal de transparente fontana y en vitrinas como enanos estanques donde se devana armonioso hilo de agua, bogan los minúsculos y multicolores habitantes del verdiclara mar que es engarce del archipiélago.

Haylos nacarados como ópalos; color de rosa como iriscentes conchas; verdes goteados de negro, como las plumas del pavo real; azules con salpicaduras de oro como las mariposas; embutidos de cobre; incrus-

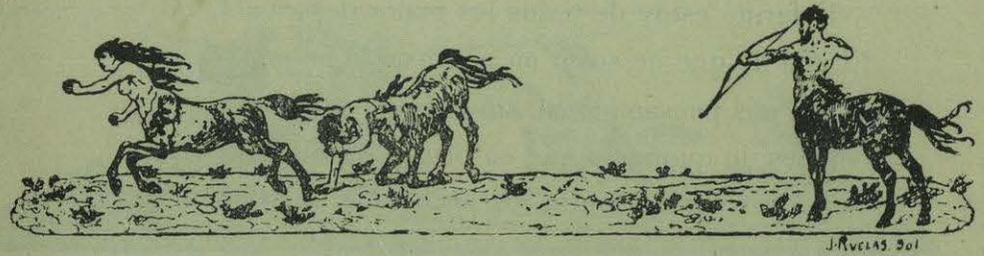
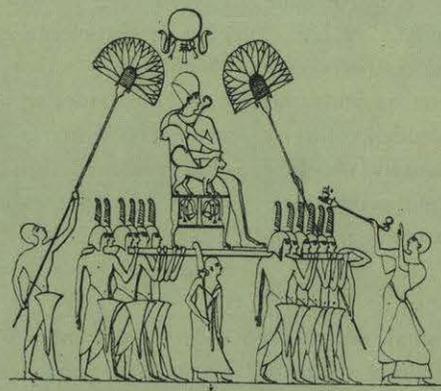
tados de plata; manchados de vivos esmaltes y cubiertos de sutiles *cloissonés*, como hechizadas joyas que cincelara gnomo orfebre con las gemas y los metales atesorados en su penumbroso y subterráneo castillo de estalactitas. Y es de ver cuál se pavonean abanicándose con las ligeras aletas, moviendo las encarrujadas colas, evocando pasmosos parecidos con sus multiformes cabezas que se antojan magistrales caricaturas.

Unos en pos de otros retornan de tierra los pasajeros, ataviados con frescas guirnal-das de flores, con que adornan sus sombreros á manera de perfumadas toquillas, ó que se echan al cuello como sartas de rosas.

Hacia el atardecer, rasga el «Coptie» el raso verde tornasolado de las olas del puerto, y muy poco á poco, como á pesar suyo, se arranca de la risueña isla que se precia de ser el Paraíso del Pacífico.

Honolulu, 9 de Abril de 1907.

EFRÉN REBOLLEDO.



## EL DESALIENTO PASA.....

Á Gómez Carrillo.

Mi voluntad en vano su impulso vigoriza  
 Queriendo asir la forma de lo que en mí confluye:  
 Me obsede una nostalgia que no se puntualiza,  
 El ansia de un ensueño que jamás cristaliza  
 Y un anhelo tan vago que en sombras se dilaye.

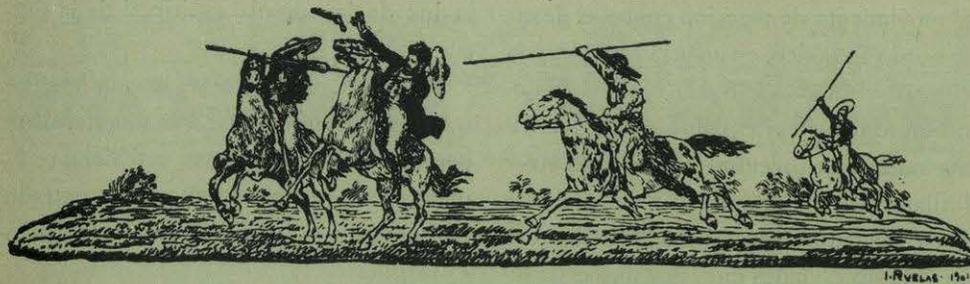
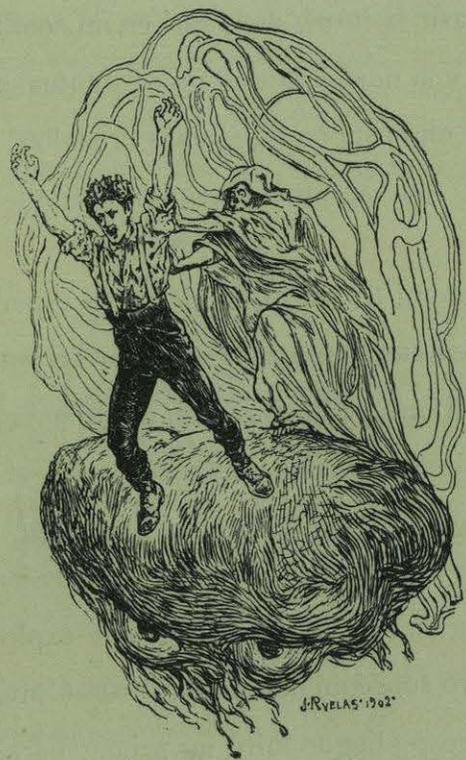
Ha tiempo mi tizona gritos de lucha espera  
 Que imploren sus bravuras y su vigor reclamen;  
 No hay ideal que preste su airón á mi cimera:  
 Juguete de los vientos camina mi galera,  
 Loco el timón y arriado el trémulo velamen.

Si escruto mi sendero y el horizonte exploro,  
 Me encuentro sobre un mundo que no es el mundo mío;  
 ¿Qué cósmico repliegue miró mi primer lloro?  
 Tal vez he transmigrado y en un tiempo que ignoro  
 Fuí emperador de sombras en un país de hastío.....

Enfermo estoy de todos los males de la vida,  
El mal de que no sufro mi neurosis lo finge,  
Y son mis pensamientos, sin brújula y sin brida,  
Ginetes de quimeras que en brusca sacudida  
Van á estrellarse contra los pechos de la Esfinge.

Mi voluntad en vano su impulso vigoriza  
Queriendo asir la forma de lo que en mí confluye:  
Me obsede una nostalgia que no se puntualiza,  
El ansia de un ensueño que jamás cristaliza  
Y un anhelo tan vago que en sombras se diluye....

ALFONSO CRAVIOTO.



## EN MEMORIA DE LEOPOLDO ALAS

El día 13 de este mes de Junio, que es de verbenas y de dulces coloquios amorosos, cumplen años de la muerte de aquel gran espíritu que se llamó Leopoldo Alas.

Hablemos solamente de la personalidad de aquel alma franciscana y austera, que vivió en consorcio perpetuo con el pensamiento de la muerte y que, como Sócrates, llamaba á la vida «una larga enfermedad.» Hablemos del hombre que, obsesionado por esta idea favorita al maestro de Platón, encabezó un volumen de cuentos con este rótulo: «El gallo de Sócrates,» donde describía, con intuición poderosa, el sentido simbólico y esotérico del complemento de la frase del gran griego: «Debemos un gallo á Esculapio».... Como si dijera: nos hemos libertado de una enfermedad que ya se hacía intolerable, y debemos pagar sus estipendios al dios de los médicos, que ha velado por nosotros.

Porque Leopoldo Alas era, ante todo, un hombre que veía la vida á través del velo de la muerte. Por eso la vida se le reveló siempre en su aspecto esotérico, desconocido é incomprensible para el vulgo, para el vulgo profano, «profanum vulgus,» como decía Horacio, á quien siempre admiró tanto. Y he aquí cómo el autor de

«Pipá» se anticipó al simbolismo y se penetró de simbolismo, aun combatiéndolo en la apariencia.

Este es uno de los ángulos más interesantes de su personalidad. Cuando se inició en España el movimiento malamente llamado modernista, *Clarín* fué uno de sus más fieros enemigos. Tengo la plena seguridad—basada en la confianza que me inspiró siempre aquella privilegiada organización mental y aquel fino gusto de artista, al cual nada artístico era ajeno—de que, viviendo más tiempo, hubiese sido de nuestros más ardientes defensores, el torreón inexpugnable en cuya almena se enarbolara la Cruz de la Victoria, que los ángeles volverían á llevar á Oviedo, como en tiempo de las batallas legendarias. Porque en Leopoldo Alas todo concurría—así el temperamento idiosincrático de que estaba dotado para percibir todas las pulsaciones de lo misterioso y de lo incognoscible, como la evolución que sus creencias religiosas tomaron á última hora,—para formar al simbolista futuro, al simbolista de 1907, que el *Clarín* de 1897 llevaba dentro. No es extraño que así ocurriese. El simbolismo, como doctrina metafísica más que como escuela poética, es